

POESIA CONTEMPORANEA ARGENTINA (*)

El punto de partida es Leopoldo Lugones, forjador de versos que pueden ser objeto de críticas en su contenido; pero inobjetable en su libro *Romance del Río Seco*. Poeta que ha tratado los géneros más dispares, llevado siempre por su profunda vocación, ligado a la modalidad de su tiempo al producir poemas de forzada asonancia, objetivo dentro de los límites del paisaje, observador sereno del clima de sus composiciones, y dado a tratar con emoción las regiones de su tierra lugareña. Así sus poemas *Luna Campestre* y *Sol de media noche*, comprueban lo dicho. Es Lugones enfrentado con el paisaje abierto a sus ojos, reflexivo en su sencillez conmovedora. Lugones fue simple en sus versos aunque comprendía su profunda lucha interior. Se unía con extraña modalidad propia sólo de los verdaderos amantes de la tierra a todo lo que se manifestara sobre la superficie del terruño. "Yo que soy montañés sé lo que vale la amistad de la piedra para el alma".

No exhibió —no sé si con sabiduría o sin conocimiento de ello— su vida en la vida de los poemas. Todos ellos permanecen solitarios, apretados a su sabiduría original. Intimamente vinculados a su autor por medio de una corriente literaria que hizo de Lugones el gran señor del estilo.

Dentro de la línea modernista que volcaba sobre las letras sus timbales resonantes en poemas sincronizados como or-

(*) Este trabajo forma parte de uno más extenso titulado *Poesía contemporánea argentina y libertad creadora*, leído por su autor en las Universidades de Virginia y Carolina del Norte (EE. UU.), en febrero de 1955, y en el Instituto de Literatura Argentina de la Universidad de Buenos Aires, el 6 de agosto de 1959.

quistas maravillosas, Lugones apareció como un consumado maestro, situado sin duda en el mismo pedestal junto a Rubén Darío y disputándole en profundidad el cetro del reinado intelectual. El gran movimiento literario que pondría en estado declinante al modernismo proclamó más tarde su vigencia, y desde luego, Lugones ya no fue el modelo a seguir como no lo fue Darío.

José Luis Sánchez-Trincado, sostiene con vehemencia que Lugones era un titán del verbo grave, como Zola lo era de los detalles, o Quevedo, de la frase abrupta. Lugones era el académico neto y había que haber inventado en la Argentina una Academia de la lengua española para él solo; Eugenio D'Ors, que hubiera querido verle académico de la de Madrid, escribió por entonces: "Lugones es el más prodigioso inventor verbal de las cuatro Españas —las castellanas, la nuestra, la de los portugueses y la de los americanos. Cada palabra antigua en boca de este poeta aparece pronunciada por primera vez. Cada palabra nueva parece inmemorial (1).

Y frente a esta exaltación de Lugones encontramos lo expuesto por Marcelo Olivari que perteneció a las escuelas de avanzada con Borges, González Tuñón y otros: "No sabe dialogar, monologa siempre... Lugones llegó solo y se conservó solo... Nació a la vida literaria con un gran resentimiento... Lo desorientó la vida... Ataca siempre... Se supo admirado, pero no querido. El, que siempre tuvo visión profética, que señaló rumbo a la generación siguiente, que admiró y asustó con sus innovaciones, quedó rezagado en las ideas. La última generación pasó sin mirarlo. Quedó cercado y solo con sus ideas novecentistas y su enorme cultura clásica. Hasta sus alambradas no habían podido llegar las inquietudes del hombre nuevo".

Al referirse a Lugones sostiene Ezequiel Martínez Estrada: "Con su manejo diestro, él creaba, por la evangélica ma-

(1) SÁNCHEZ TRINCADO, José Luis, *Sacta*, Cuadernillo de Letras, 1942. Buenos Aires.

gia inherente al verbo, seres de vida y belleza inmarcesibles. Pues no era simplemente la palabra retórica y gramatical, sino la palabra creadora, el logos espermáticos, el idioma como una fuerza plática que inclusive parecía moverlo a él, tan inquieto como sus ideas." (2).

El paisaje lugareño perpetuado vigorosamente y *Romance del Río Seco* no lo desmentirán jamás. Junto al paisaje estará siempre Lugones en actitud de crear una profunda exaltación de la serranía que aparece adormecida entre valles y riachos eternos.

Otro poeta es Almafuerte, de Buenos Aires provincial. Este Almafuerte, luchador encerrado en su propia grandeza, explotando como un petardo cuando la injusticia doméstica y lugareña lo hacían sentirse acorralado. No era un insatisfecho Almafuerte; era un maestro de sí mismo, aferrado al clima de una época y un ambiente, más lejano de su cobacha que el cóndor de su nido al volar por el azul del cielo; inmenso en su raíz, aunque aturdido en sus expresiones; hondo en sus proclamas, pero indefinido en sus propósitos. Algo hacía de Almafuerte un emancipado forjador de palabras rudas. Palabras que sin ser valoradas en su sentido, han servido para que el poeta fuera confundido en su verdadera envergadura. Su notable fuerza, su prosapia poética lo ubica en nuestro país como uno de los legítimos. Leer a Almafuerte es sentir la presencia telúrica de la región. Tiene algo de profeta, un profeta que no anuncia hechos sobrenaturales, sino que se refiere siempre a los hechos del hombre en su conducta; es así que Almafuerte tiene algo de predicador evangélico, y a la vez algo de mago con rituales muy personales. Almafuerte tiene algo de pagano y algo de cristiano en su canto. No surge de él una fe en Dios, pero se manifiesta en sus versos una profunda reverencia hacia Dios. Por eso puede afirmarse que es difícil encasillarlo en una religión determinada y más difícil aún, pretender proclamarlo defensor de una doctrina religiosa.

(2) MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Quiroga y Lugones*.

Almafuerte está en el corazón de nuestra literatura por su fuerza, y ha sido imitado siempre por los jóvenes que llegan a él desde todos los rumbos, especialmente aquellos que alcanzan el mundo de la poesía por intermedio de personas no muy cultivadas. Sucede esto porque Almafuerte fue desde un principio envuelto y confundido por una propaganda vulgar y muchas veces desatinada.

Otro poeta de envergadura nacional es Enrique Banchs, elegíaco y profundo en sus libros *El Cascabel del Halcón* (1919), y *La Urna* (1911), reunido a los nombres de su tiempo como las expresiones más nobles y más puras de nuestra poesía: me refiero a Fernández Moreno y Martínez Estrada; dos nombres que conquistan por distintos caminos lugares destacados en las letras. Fernández Moreno, límpido, sencillo, dulcemente manso, hondamente doméstico, vislumbrando en cada verso la humildad de las flores y la belleza suprema de todas las aristas de luces y sombras; Martínez Estrada, filósofo adusto, rígido en su cavar hacia adentro cuando nos expone su poesía medular. Estos nombres, Banchs, Martínez Estrada y Fernández Moreno son ya permanentes. Cerca de ellos en tiempo e inquietudes semejantes están Arturo Capdevila, Rafael Alberto Arrieta y Arturo Marasso. Tres nombres consagrados: Capdevila, el autor múltiple, incansable, afronta todos los temas, ensayista y poeta de *Córdoba Azul*, novelista que no deja un solo tema sin tratar; Arrieta, poeta de cristal, virtuoso del soneto, afelpado, riguroso en su técnica, lejano del aire marino y de los bosques salvajes, refugiado en su modalidad clásica, fría, desolada; pero hondo en su estática contemplación de la vida; Marasso, filósofo clásico, maestro y poeta, enraizado a la historia de los versos y al mundo interior de la angustia y la soledad, alcanza en su poesía un ritmo sólo para iniciados.

En otro plano poético con la honda reflexión inspirada en la tierra nos enfrentamos con Ricardo Güiraldes, forjador de tierra adentro, desnudo en su canto y para quien tendría en honor a la justicia que ofrecer para él un espacio mayor.

Es que Güiraldes es el autor de *Segundo Sombra* (1926), ese poema épico de nuestra nacionalidad. Y junto a todos ellos Alfonsina Storni, la mujer que presintió el mar y las montañas como un inmenso porvenir para después de su muerte. Alfonsina Storni sobre quien yo dije una vez:

“La niebla sobre el mar estaba allí esa noche apagada. Estaban allí el murmullo áspero y sedante de las olas adormecidas y el grito contenido de tu alma. Adentro llevabas como una catedral, cien cirios encendidos y cien plegarias mudas. Tu pecho era un pequeño santuario. Tenías la piel húmeda, los ojos tristes y la boca seca. Tu pecho estaba seco, antiguo voleán encendido. Ibas sola. Adormecida en la memoria de horas infantiles como una recordación sin edad. La niebla sobre el mar estaba allí esa noche apagada. Ibas sola en tu soledad, perseguida por la noche. Ibas sola en tu solitario camino hacia la muerte.”

Alfonsina Storni nos ha dejado *Poemas de Amor* (1926), *Mundo de siete pozos* (1934). Es la mujer que alcanzó dentro de nuestra poesía nacional el más alto nivel. En ella están reunidos la sensibilidad abierta a todas las insinuaciones, sin ocultar nunca su pasión, sin disimular nunca su canto íntimamente ligado a la vida. Murió Alfonsina por propia decisión, reuniéndose así al trágico destino de nuestros más grandes creadores como han sido Lugones y el cuentista Horacio Quiroga a quien ella dijo: “Morir como tú, Horacio, en tus cabales, y así como en tus cuentos, no está mal; un rayo a tiempo y se acabó la feria... allá dirán.”

Esbozados a grandes rasgos el mundo poético, podemos ubicarnos entre los poetas de nuestro momento.

Estamos con los grupos que señalan el valor de la poesía nacional. Yo los contemplo así: Martínez Estrada, José Pedroni, Conrado Nalé Roxlo, Horacio Rega Molina, González Carbalho y María de Villarino. Estos poetas se encuentran íntimamente vinculados con Jorge Luis Borges, Ricardo Molinari, Eduardo González Lanuza, Francisco Luis Bernárdez, Carlos Mastronardi y Leopoldo Marechal. Cada uno de ellos

tiene su característica particular dentro del país. Los que siguen sus creaciones poéticas los descubren con facilidad. Martínez Estrada, ya lejano en su quehacer poético; José Pedroni, regional en su misión de poeta telúrico; Conrado Nalé Roxlo, autor del poema *El Grillo*, premiado por Lugones, fecundo realizador de imágenes nuevas, sin abandonar nunca la sencillez de expresión clara, sin rebuscamientos; Horacio Rega Molina, poeta preciso, medido, marmóreo en su composición, claro y definido en las imágenes, exponiendo la nueva forma como puede verse en sus poemas *El Sedentario* y *Oda Provincial*, premio municipal de Buenos Aires en 1940; María de Villarino, poeta que puede por su temática y expresión ser identificada con grandes autores universales. Clásica, dotada de una diáfana intuición de las aristas que ajustan el vocablo hispano, retoma hálitos vislumbrados por Santa Teresa y Fray Luis de León, incorpora un paisaje vestido de primitiva existencia donde juegan el pasto, el aire y los astros, sinfonía de la naturaleza agreste, ecos increíbles, plenisimos, que se manifiestan sólo a aquellos que llevan despierto y activos los recónditos misterios del ser. En su obra aparecen tres paisajes definidos. El serrano, dulcemente adormecido en la conjugación de todas sus fuerzas. La llanura nuestra, la tierra nuestra, el campo bonaerense, ese amado suelo legendario donde hemos crecido en tiempo de infancia y contemplamos en plenitud de fuerzas, ese campo de Hudson, de Hernández, de Martínez Estrada, de House, de Barbieri, es el mismo que canta y proclama María de Villarino. En ella se identifica el recuerdo, lo más vivo del hombre, apresa las imágenes captadas al paisaje donde se han movido los seres como si sólo hubieran sido apariencias, esas pequeñas apariencias que nos ligaron alguna vez con los nombres de madre, hermano, amigo... imágenes de la pampa con el árbol viejo y la casona vieja, plantados en medio de un mar verde, protegidos por el anuncio augural del chajá o la visita del mercachifle proclamando la vigencia del sábado con sus cintas y chucherías relucientes mientras descendían las sombras y avanzaba la no-

che... Ese númen nuestro, legítimo, intransferible, nuestro como es nuestra nacionalidad y nuestra raíz argentina, es lo que nos ofrece María de Villarino.

El otro paisaje que aparece en ella es el creado dentro de su imaginación, —juego milagroso de un fantasma que se empeña en batir campanas— revestido de todas las galas para presentarse como intérprete de la línea del corazón —voz de la ternura y el amor— enamorado de los harapos de la tierra, propuesto firmemente a descubrir el mundo de las cosas y su vinculación secreta con el mágico resplandor de la vida del hombre. María de Villarino en su peregrinación por la vida, descubre al fin que ella es sólo una larga y serena espera ante la posibilidad trascendente. A igual que los otros poetas que se reúnen en este trabajo, ya no busca aturdirse en la vida ni sumergirse. Retorna mansamente por caminos interiores en busca de su revelación, no se entrega a ese Yo grosero, ese Yo cotidiano que exige discursos, publicaciones e impone categorías más o menos valederas. Se empeña en ahondarse hasta sentir la totalidad de su ser en aquello que permanece inmutable, más allá de la sangre, en identificación con lo creado. María de Villarino nos señala su senda en *Calle Apartada*, *Junco sin sueño*, *Tiempo de Angustia*, *Elegía del Recuerdo*, *La Sombra Iluminada* y su última creación notable como aporte a la literatura argentina, *Nuevas Coplas de Martín Fierro*, (1958).

Carlos Mastronardi, de Entre Ríos, a igual que María de Villarino en la Provincia de Buenos Aires, se deslumbran frente al paisaje del terruño regional, y buscan perpetuar poéticamente las nobles emociones que vibran dentro de ellos en contacto con la verdadera vida. Tierra, agua, viento y sol están desnudos para configurar la razón de la existencia frente al mundo, y los dos poetas se proyectan mansamente y a la vez descubren en sí mismos la esencia, ese milagro de la ampliación de conciencia que los habilita para decir verdades profundas sobre las simples cosas cotidianas que están frente a los ojos del hombre.

Quizás sean estos dos poetas argentinos los únicos que se han mantenido fieles a la apretada y bella forma clásica en el verso dando a la vez una conjunción temática de proyecciones creadoras perdurables. Vinculados indirectamente al gran movimiento de renovación que deja de lado al Modernismo para lanzarse a la búsqueda de nuevas formas y expresiones, no hay duda que pertenecen al tiempo vigoroso de Norah Lange, Eduardo González Lanuza, Oliverio Girondo, Raúl González Tuñón, Jorge Luis Borges, y Francisco Luis Bernárdez. Poseen ese *animus* telúrico que no desmienten jamás aquellos que han conocido y vivido el contacto directo con la tierra y sus simples misterios traducidos en pastos verdes, ríos, arroyos, montes, praderas, pájaros, nidos, inmensas soledades del paisaje llano en sus tierras pampas.

Carlos Mastronardi en *Tierra Amanecida, Conocimiento de la Noche y Luz de Provincia*, se nos revela como uno de los más extraordinarios poetas argentinos. Sólo aquellos que hayan vivido la infancia y la adolescencia en el campo estarán preparados *doblemente* para asistir al deslumbrante y apoteósico canto de Mastronardi de pie frente a la tierra. Su maravilla reside en su profunda sensibilidad, raíz de raíces espirituales —aun no revelada en su secreto quizás simple y eterno— donde sonríe un duende o un espíritu o una conciencia racionalista o pragmática; pero auténtico, intransferible, plenísimo. Carlos Mastronardi alcanza planos superiores y nada desmentirá su envergadura de poeta y artífice de idioma.

Sus imágenes, sus justas expresiones para presentar lo que apresa sin limitaciones frente a la vida campesina concueneven en profundidad hasta las lágrimas. Esas lágrimas que T. S. Eliot proclama como el efecto de una causa detrás de la cual se oculta la verdad del espíritu y que nadie puede descubrir aún.

Ricardo E. Molinari también permanece vinculado a los poetas que combatieron al Modernismo inspirados en la senda que los llevaba a la creación de una poesía valiosa en hondura, liberada definitivamente del academismo. Artífice del idioma

a igual que Bernárdez y Mastronardi, es poeta subjetivo que va tejiendo paso a paso su descubrimiento frente a la vida. Abraza cálido y lleno de nostalgias los extendidos campos nuestros y se ciñe riguroso y marmóreo a una forma que lo exalta. Obtuvo los premios municipales de poesía en Buenos Aires en 1930 y 1933; el premio nacional en 1943, y ha sido laureado por la Sociedad Argentina de Escritores en 1958.

Horacio Marechal, a igual que Molinari, pertenece a los que se iniciaron en los tiempos literarios que se denominan *época de Proa y Martín Fierro*. Combatiente decidido, supo llevar con honrada acción su predicamento en favor de las nuevas formas estéticas. Considerado por Francisco Luis Bernárdez como uno de los poetas que han escrito los alejandrinos más ricos del idioma, su nombre adquiere proyecciones nacionales con sus obras *El Centauro* y *Sonetos a Sophia*, premio Nacional de Literatura, y *Odas para el Hombre y la Mujer*, premio Municipal de Poesía en Buenos Aires.

Horacio Rega Molina, eminente poeta argentino, ha afirmado su profunda vocación, desvinculado de toda tendencia. Incansable defensor de los escritores su obra se proyecta vigorosa. Sin alardes técnicos, ceñido a la construcción poética y respetuoso de los cánones clásicos, ha dejado libros y poemas que señalan su nombre entre las primeras figuras líricas del país. *El poema de la lluvia*, *El árbol fragante*, *La víspera del buen amor*, *Domingos dibujados desde una ventana*, *Azul de Mapa*, *Oda Provincial*, y *Sonetos de mi sangre*, forman parte de su notable contribución espiritual que lo honra junto a los otros poetas de su tiempo. Horacio Rega Molina fue incansable en su extraordinaria labor artística y luchó sin tregua para para afianzar el panorama de la poesía nacional.

Sorprende felizmente a quienes conocen el quehacer de la poesía anglonorteamericana la coincidencia del movimiento mundial renovador de la lírica en su sentido estético y en su dimensión en contenido.

T. S. Eliot no ha dudado en reconocer como fuente directa de su poesía las influencias de Rimbaud, Laforgue, Ril-

ke, y Valery. Vinculado al movimiento *Imaginista* con Amy Lowell, su principal representante, no desconoció los fundamentos que expusieron los mismos, y con Ezra Pound en épocas memorables de la poesía inglesa los aceptaron.

Es sumamente importante conocer los fundamentos de los *Imagist* ingleses y norteamericanos precisamente en la época que en nuestras latitudes también se promueven movimientos contra el Modernismo.

Amy Lowell los enumera así:

1. Emplear el lenguaje común; emplear siempre la palabra exacta y no meras palabras descriptivas.

2. Crear nuevos ritmos como la expresión de nuevos modos. "No insistimos en nuevos versos libres" — "como el único método de escribir versos". Creemos que la individualidad de un poeta será siempre mejor expresada en versos libres que en formas convencionales.

3. Permitir absoluta libertad en la elección del motivo.

4. Presentar una imagen. No somos una escuela de pintores; pero creemos que la poesía debe tener particular exactitud, no vaguedades generales, aunque sean sonoras y magníficas.

5. Producir poesía fuerte y clara, nunca confusa e indefinida.

6. Finalmente, la mayoría de nosotros cree que la concentración es la verdadera esencia de la poesía. (3)

Poetas norteamericanos como Masters, Sandburg, Benét, y Hart Crane han sostenido estos principios y han hecho efectivo el verso libre.

El fenómeno de la influencia se repite en los Estados Unidos a igual que en Sur América, donde los poetas no se evaden del catálogo *en o fuera de* la poesía de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Federico García Lorca, Pablo Neruda o Luis Cernuda. Como coronación a esta poesía de las Américas,

(3) CASEY, Alfredo, *Dos Siglos de Poesía Norteamericana*. Ed. Claridad. Buenos Aires.

todos, los del Norte, Centro y Sur, admiten haberse ilustrado en las fuentes de Rimbaud, Verlaine, Corbiere, Simons, y la excelsa figura de Paul Valery. Estos poetas brindaron al mundo el *hacia adentro* de la poesía actual. Son los precursores de esa poesía que George Santayana dice no comprender hoy y que en carta cordial me pide que la explique en mi calidad de autor desde un lugar tan *remoto* como la Argentina (*).

En nuestro país los poetas nombrados constituyeron la total renovación frente al Modernismo. Enfrentaron períodos de hondas transformaciones sociales y políticas, y no fueron indiferentes a las batallas que libraron desde distintos reducidos sus amigos cuando proclamaban ideas y las sostenían con firmeza irrenunciable. La mayoría de nuestros poetas han participado directamente de la tarea periodística. Muchos de ellos han sido activos comentaristas de las realidades sociales de su tiempo, y han expuesto sin desmayos ni eludicaciones sus puntos de vista con respecto a la vida institucional de la Nación.

Sin embargo, no hay duda que han realizado la obra poética sin contactos ni influencias personales entre ellos. Cada uno ha procurado su propia manifestación, y haciendo honor al personalismo latino, han permanecido aferrados a sus propias convicciones estéticas sin manifestarse en ningún caso más de lo necesario.

Es así como Jorge Luis Borges, Conrado Nalé Roxlo, Francisco Luis Bernárdez, Eduardo González Lanusa, Carlos Mastronardi, Ricardo E. Molinari, María de Villarino, Leopoldo Marechal, a igual que Horacio Rega Molina, Baldomero Fernández Moreno, Ezequiel Martínez Estrada, Arturo Marasso, Rafael Alberto Arrieta o José Pedroni, están vinculados por medio de la expresión artística y no constituyen movimientos ni escuelas poéticas porque nunca lo han intentado hacer. Puede sostenerse aquí la afirmación de R. W. Emerson en el sen-

(*) CASEY, Alfredo, *Una Moderna Expresión de la Poesía Norteamericana*, Stephen Vincent Benet, "La Prensa", 26-6-1949. Bs. Aires.

tido de que el poeta tiene un pensamiento nuevo, una nueva experiencia para desarrollar; él nos dirá qué caminos ha recorrido y enriquecerá a los hombres con sus conocimientos, pues cada nuevo período demanda nueva confesión, otro modo de expresión, y el mundo parece aguardar siempre a su poeta (5).

Con Jorge Luis Borges, Ricardo E. Molinari, Eduardo González Lanuza y Francisco Luis Bernárdez, se amplía el horizonte de la poesía argentina. Se plantea en profundidad el problema estético y se abre un interrogante sobre el destino de la poesía como expresión de belleza dando lugar entonces a todas las preguntas. Se escribe y se comenta sobre la existencia de una realidad dentro del espíritu que sublimiza las cosas. Se anuncian por medio de una denominación que puede ser discutida como es el nombre de *Martín Fierro*, época de aparición del poema tradicional. La generación de *Martín Fierro* sin ser generación, es un tiempo que aun perdura vigorosamente dentro del país y los poetas que pertenecen a ese despertar, aun realizan su obra. Güiraldes no pudo pertenecer a ese grupo que tomó el nombre de su libro. Su poesía no tiene un lenguaje que pueda vincularlo a Borges, Molinari o Bernárdez. Es tan difícil someterlo a comparaciones. Permanece solo como un solitario que nada tiene que enunciar después de su obra magistral. Los escritores que existen en este grupo son también solitarios y aunque se reúnen para discutir sobre problemas de ética y estética, sus obras los alejan sin remedio. Borges es en nuestro país un caso aislado. Podríamos decir de él las palabras de Baudelaire, "lo bello es siempre extraño".

No podemos referirnos al grupo *Martín Fierro* como una realidad. Un grupo de hombres reunidos como amigos pero desligados en el fondo de cada uno no pueden constituir una generación literaria identificada.

A estos nombres sigue ahora otro grupo más joven, más cercano a nosotros y que puede ser encabezado por razón de

(5) EMERSON, Ralph Waldo, *Siete Ensayos*, Ed. Zig-Zag, Santiago, Chile.

méritos con el poeta Vicente Barbieri, quizás la figura más eminente de la poesía argentina que se ha dado en llamar la *Generación del 40*, generación que “existiría —según afirma Alberto Ponce de León— en un estado más *ideal* que *real*, en cuanto a sus componentes les asistió, desde el punto de vista de la creatividad pura, el derecho de autoproclamarse como tales”. Los problemas de ubicación de las generaciones aparecen un poco inusitados cuando se estudian particularmente los autores. La poesía se desliga por sí misma de todo vínculo aunque los poetas se sientan obligados a reconocer sus ataduras con las promociones anteriores a su época. La *Generación del 40*, a igual que la de *Martín Fierro*, prácticamente no existe como comunidad solidaria de poetas y artistas. Sólo aparecen como fuerzas legítimas en el quehacer literario y en la identificación que los une en la búsqueda de la fidelidad al ser trascendente que intenta alcanzar la armonía superior y expresarse en ese estado por medio de la poesía.

En esa andanza los poetas han procurado identificar con toda honradez intelectual a sus compañeros de ruta. Esa tarea la hicieron César Fernández Moreno y León Benarós. —¿Qué distingue la *Generación del 40* de la *Generación de Martín Fierro*? León Benarós nos contesta: “*Martín Fierro* luchó contra una retórica y desembocó en otra. Nosotros, desde nuestro mundo personal, buscamos lo esencial del verbo, más en el acontecer interior que en el deslumbrante artificio de la fácil y desmontable metáfora. Los de *Martín Fierro* practicaban la alborotada algarabía. Eso se refleja a veces en su literatura, que la frivolidad tiñe. Nosotros somos graves, porque nacimos a la literatura bajo el signo de un mundo en que nadie podía reír. De ahí, pues, que casi toda nuestra poesía sea elegíaca. Nuestros poemas aunque aparentemente obstruidos de adjetivación, excesiva a veces, buscan vertebrarse en una realidad total del alma. Desechan pues, los deslumbramientos parciales del fácil ingenio *ultraísta*. Se desnudan delante de la verdad, quie-

ren no el brillo instantáneo, sino su integración en las fuentes puras de la vida misma." (6)

Vicente Barbieri perteneció a la *Generación del 40*. Autor premiado varias veces, hondo en su canto regional con el libro *Corazón del Oeste*, verdadera expresión de la tierra de Buenos Aires, nos dice:

“Orientado hacia un Sur de perennes lloviznas,
con lagos y canoas y verdes mediodías.
Con ángeles y tallos y líquenes y briznas,
con altos ventanales con alamedas frías.”

Este es Vicente Barbieri en *Arbol Total* (1940), poeta pastoral de la región plana del Río de la Plata. Crecido en la Provincia, ligado a la tierra, conocía la soledad de las imágenes desdibujadas al amanecer entre la niebla y se sorprendía primero de sí mismo y después del paisaje, para indagar, año tras año, el misterio que lo ligaba materialmente a la tierra y en espíritu a Dios. Su obra poética alcanza hoy una vigorosa realidad. Por él, por siempre los campos abiertos de Buenos Aires, las sendas que conducen a los hogares, la desnuda tarde azul cruzada por un pájaro errante, el silencio hondo quebrado por el grito de un tero o un chajá. Vicente Barbieri es ya voz sin presencia cuando el paisaje del oeste renace dentro de aquellos que se conmueven ante los límites de Dios.

“Era en la infancia, en juncos y rocíos,
Cuando lo ví pasar, arrodillado.
Mojaba soles y castillos fríos
En relatos de tiempo lloviznado.
¡Ay! ya sé que mi jugo enamorado
Fue de tiempo mejor, tiempo de ríos,
Y su sabor, amor de vieja andanza,
Doliendo sigue en tiempo transferido.

(6) BENARÓS, León, *La generación del 40*, (Revista El 40, Nº 1, 1951). Bs. As.

Barbieri ha dicho palabras sobre el río Salado. Ese río provincial que estará siempre para atestiguar la voz del alma del gran poeta nuestro. Irse hacia adentro del espíritu de Vicente Barbieri es hallar la savia que alimenta la emoción y el placer del hombre bonaerense que guarda silencio frente a la vida provinciana.

Ya en 1945, Barbieri ha descendido hacia lo profundo de su ser. Está en las regiones de las preguntas insondables que esperan respuestas de extramuros. Su iluminación lo hace triste y a la vez contemplativo. Es ya un iniciado en los íntimos secretos de la naturaleza humana. Su sensibilidad tiene perfiles no comunes y todo él puede ya percibir el misterio inmortal del alma.

“Cuerpo austral de la Patria, qué zodiaco extraño
Nos hace melancólicos en tanta tierra amante?
¿Qué amargo labrador nos abre en hondos surcos
Para la gris semilla que nos muerde en la sangre?”

¿Qué medalla perdida nos condecora el pecho
Y nos inclina a un límite del amor desdichado?
Yo me miro las manos con que toco la tierra
Y sé que tengo una alta consecuencia de llanto.”

Ama la tierra, vibra emocionado en el noble recuerdo de la patria y se entrega a su símbolo en forma total.

“Oh, Patria. Ya mis brazos señalan una cruz
Hacia los cuatro vientos. Te canto y te proclamo
Con la Ley que regían tus Constitucionales,
Con la simple verdad que escriben tus arados.”

He aquí brevemente enfrentados con el poeta. Dirigió una revista literaria, *Reseña*, y desde su lecho de enfermo alentó a los poetas. Su muerte prematura nos alejó de él, y se llevó para siempre el secreto de su profunda contemplación.

María Granata, Horacio Ponce de León, Alberto Ponce de León, Juan Rodolfo Wilcock, César Fernández Moreno, César Rosales, Horacio Armani, Héctor Villanueva, Roberto Paine,

León Benarós, María Elena Walsh, se destacan en la poesía que se da a conocer a partir de 1940.

María Granata autora de *Umbral de Tierra*, recibe el premio *Martín Fierro* de la Sociedad Argentina de Escritores, y el premio Municipal de Buenos Aires. Su libro *Muerte del Adolescente*, es significativo y posee belleza plástica que se aúna en profundidad de concepción. *Corazón Cavado*, reúne un estilo lírico que no desmiente la exquisita maestría de quien se permite viajar por las formas del soneto y la poesía libre en un alarde de técnica sin rebuscamientos.

Alberto Ponce de León irrumpe vigoroso y pleno con su obra *Tiempo de Muchachas*, profundo y simple, un gido por una increíble fuerza donde se ligan la ternura, el deseo y la casta visión del muchacho enamorado de la vida y la mujer ambicionada. Es quizás la revelación más pura de su generación adolescente y no aparecen en él influencias de Mastronardi, Rega Molina, Molinari, García Lorca, Cernuda o Neruda. Viene de pronto con algo de aventura como Rimbaud y con los ecos de Valery, plenísimo y auténtico.

Junto a su hermano aparece Horacio Ponce de León con sus libros *La Mujer Cantada* y *Canción Final*, medido, intelectual, profundamente subjetivo.

Juan Rodolfo Wilcock nos muestra su obra primera, legítima, inspirado en un romanticismo melancólico propio de su sentido total del amor que gimó su desesperanza y que nace y muere y asiste a su resurrección en medio de un paisaje que alcanza contornos notables. Transita en su poesía un hábito de los grandes poetas románticos ingleses que hicieron del agua quietada y de los árboles dormidos imágenes eternas.

Roberto Paine, César Rosales, María Elena Walsh, César Fernández Moreno, Juan Ferreyra Basso, Horacio Armani, Enrique Ramponi, y Angel Bonomini pertenecen a la promoción de 1940, y a decir de Alberto Ponce de León es una *generación elegíaca*. Publicaron las revistas *Huella* y *Verde Memoria*. Y prosigue Alberto Ponce de León, "fuera de esta tendencia a un lirismo entrañable y melancólico, se observa en

otros autores jóvenes la predisposición hacia lo natural y lo ontológico; se ha hablado así, en nuestra actualidad lírica, de poetas “cósmicos” y “metafísicos”, que han cantado con intensidad supra-temporal y con vuelo original e inaugural la grandeza de nuestra tierra adánica; sus Andes o sus dunas desiertas, como en los casos de *Piedra Infinita* por Ramponi o *El Sur y el Olvido* por César Rosales”.

En La Plata, Provincia de Buenos Aires, se han afirmado las figuras de la generación de 1940, y de acuerdo con el canto *Romances de la tierra* de León Benarós donde se plantea —según Alberto Ponce de León— la historia del hombre en un lugar y una época (en este caso el gaucho como persona y la pampa como ámbito...) los platenses han sido fieles a dicho ámbito bonaerense.

Vicente Barbieri vivió en La Plata, y escribió en ella su canto inicial. Alberto Ponce de León y Horacio Ponce de León vivieron su infancia y adolescencia en la ciudad de los estudiantes y lo mismo Roberto Themis Speroni y Aurora Venturini. Ha sido y es la ciudad de los poetas en la Argentina. En ella realizaron su obra, Arturo Horacio Ghida, María de Villarino, Raúl Amaral, Ana Emilia Lahitte, Carlos Ringuet, Alejandro de Isusí, Enrique Catani, Vicente Silvetti Paz, Narciso Ponsa, Romualdo Brughetti, Héctor Eduardo Ciocchini, Carlos Albarraeín Sarmiento, Horacio Núñez West y Enrique Mario Rafaelli. Todos ellos vinculados espiritualmente a la generación que integraron Rafael Alberto Arrieta, Alfredo Fernández García, Pedro Mario Delheye, Alberto Mendióroz, Héctor Ripa Alberdi, Juan Carlos Mena y Francisco López Merino. Un selecto grupo de verdaderos poetas que han alcanzado prestigio y han consolidado con profunda honradez lo que Roberto Saraví Cisneros llama un *fenómeno cultural*, y agrega: “La ciudad se transforma rápidamente en urbe y cambia de estilo de vida. Pero su auténtico espíritu permanece y sus cantores, hasta los más recientes, así lo han sentido. En cuanto al futuro, habrá que recordar aquí a González Martínez:

“Mañana, los poetas cantarán en divino
verso que no logramos entonar los de hoy...
Mañana, los poetas seguirán tu camino...
...y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción” (1)

En el primer certamen literario con carácter nacional realizado por la Sociedad Argentina de Escritores bajo la presidencia del Leónidas Barletta, tuve el honor de pertenecer al jurado definitivo, previa calificación de obras por los jurados regionales en todas las provincias, junto con Abelardo Arias y Héctor P. Agosti. En ese certamen realizado en 1948, se revelaron figuras excepcionales. Se premió en prosa a Julio Ardiles Gray con su libro *Los amigos lejanos*, obra de belleza alucinante en toda su trama. Recibieron menciones especiales Rodolfo Falcioni con sus cuentos *Las Órbitas Vacías*, y Juan Carlos Ghiano con *Los Extraños Huéspedes*. En poesía consolidaron sus esfuerzos Juan Solano Luis, de San Rafael, Mendoza, y María Elvira Juárez, de Tucumán con los libros, *Los Caramillos*, y *El Hombre y su Noche*, respectivamente.

En la última década la poesía argentina ha seguido su curso, y nuevas figuras han aparecido en el plano cultural. Es evidente que la mayoría de ellos son intelectuales. Asimismo casi todos conocen por esa misma razón lo que han realizado sus predecesores. Los poetas que han sido nombrados en este ensayo adquieren proyecciones de maestros para las nuevas generaciones, Mastronardi, Nalé Roxlo, Banchs, Borges, Bernárdez, Barbieri, y los más jóvenes, Ponce de León, Wilcock, Walsh, Granata, Rosales, Armani, etc. son buscados sin cesar por los más nuevos y comparten la consideración junto a los poetas de postguerra de los países anglosajones que son traducidos al castellano por nosotros para darlos al pueblo de la Nación en un afán honrado de elevar la cultura y el conocimiento general.

(1) SARAVÍ CISNEROS, Roberto, *Primera Antología Poética Platense*, Ed. Claridad. Bs. As. 1956.

No debemos perder de vista las transformaciones que se vienen operando en el sistema de vida de los pueblos. Las influencias penetran en el país y muchas de ellas son aceptadas por la gente joven. El existencialismo con toda su gama de posibilidades, y la poesía de postguerra de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos ha llegado hasta nosotros. Pablo Neruda, Luis Cernuda, T. S. Eliot, W. H. Auden, Carl Sandburg, Robert Frost, Federico García Lorca, Nicolás Guillen, Langston Hughes, Emilio Ballagas, Aldaberto Ortiz, —por nombrar algunos calificados poetas contemporáneos— son leídos y estudiados por los poetas intelectuales argentinos. El conocimiento de idiomas, —inglés y francés— permite a la mayoría de los que viven en la *actitud artística* incursionar en los secretos de las expresiones estéticas del mundo entero. Las traducciones realizadas con honradez y conocimiento aproximan en lo posible a los contenidos originales. En consecuencia puede sostenerse que existe información, y que ella acrecienta las posibilidades.

Dentro de las nuevas promociones de nuestro país se perfilan nombres que no están desligados del mundo poético ya mencionado. En La Plata hemos visto que las generaciones se han sucedido unas a otras y que han mantenido las individualidades claras. No han sido creadas escuelas ni se han alineado poetas en una temática semejante. Raúl Amaral, Themis Speroni, Aurora Venturini, Vicente Silvetti Paz y Horacio Núñez West lo testimonian.

Aurora Venturini obtuvo mención de la Sociedad Argentina de Escritores con *El Anticuario*, 1948, y *El Solitario*, 1951. Su canto posee la fuerza vigorosa de la raíz hundida profundamente en la tierra. Comulga con el aire aquietado de la ciudad silenciosa; pero, despliega sus ansias y crea soles radiantes para su peregrino que avanza imperturbable por la senda. Posee valores poco comunes y su estilo medido, clásico unas veces y libre otras, poblado de metáforas muestran un grado de madurez propio del poeta que ya conoce su destino trascen-

dente. Orientada hacia ese camino ha publicado últimamente *Laúd*, 1959.

Vicente Silvetti Paz publicó su libro *El Mundo Extraño*, y no hizo más que afirmar decididamente su quehacer en el sondeo apretado, exacto, marmóreo, identificado con las escuelas más puras, sin desmentir el aprendizaje lento y madurado que lo hacen artífice en ese estilo difícil para ser nuevo y profundo cuando se busca el resplandor del verbo único.

Roberto Themis Speroni, en el doble encuentro con las cosas de la tierra y con sí mismo juega una aventura donde debe definirse para alcanzar su proyección total. Poeta pastoral que canta las chacras bonaerenses, alcanza a descubrir las simples verdades que proclamó Vicente Barbieri como un mensaje inolvidable. Speroni posee el secreto del pájaro y del toro y en la senda rural ha recorrido un camino que perpetuará su nombre.

Raúl Amaral no se ha liberado de las profundas iluminaciones de Mastronardi y Barbieri. Maestros de su ubicación frente al paisaje del campo bonaerense, sus poemas poseen la fluidez del artífice que modela una página y la perpetúa embelesado en su obra.

Horacio Núñez West, autor de *Edad de la Nostalgia*, y *Fábula de mi Ser*, se revela en profundidad como un poeta que ha iniciado la búsqueda de los elementos que expresen su asombro ante el milagro de la existencia. Sus poemas *El Hombre*, *Canto Esencial* y *Consagración del Adiós*, evidencian su progreso ascendente con una exacta calidad para realizar imágenes claras imbuídas de gran equilibrio estético.

María Elvira Juárez, publicó su libro *El Hombre y su Noche*, diez años después de haberlo realizado. Su premio otorgado por la Sociedad Argentina de Escritores no pudo contribuir a concretarlo. Pero ya en circulación, no desmiente la extraordinaria belleza que ha puesto su creadora en la manifestación artística. María Elvira Juárez, ajustada a una estética trascendente, perpetúa un mensaje por medio de su canto. No constituye el advenimiento de un nuevo poeta. Es raíz, es fruto

de una tierra fértil que proyecta un sentido universal del hombre por medio de imágenes y metáforas límpidas sólo comparables a grandes poetas de nuestro tiempo.

Matilde Alba Swann, hizo la publicación de su primer libro *Canción y Grito*, y a él siguieron *Salmo Al Retorno* y *Madera para mi Mañana*. Vigorosa expresión poética que se aferra a las superficies del hombre y penetra sin miramientos hasta lo más hondo del ser. Apretada como un manojo de ramas florecidas, Matilde Alba Swann maneja elementos simples y los proyecta hacia una categoría superior. No ha dejado asimismo de lado su preocupación por las relaciones humanas y se adentra en la enervada del ser social. Espléndida en el paisaje que rodea su canto siempre está presente su sentido maternal y su hondo amor fraternal. Posee, sin lugar a dudas, el vigor saludable del clima social donde se reúnen todas las posibilidades para el canto, y apresa con ajustada exactitud los motivos cotidianos exaltados a brillantes expresiones líricas.

Alfredo E. Veirave es autor de *El alba. El río y tu presencia*, y *Después del Alba, el Angel*. Obtuvo el premio iniciación de la Sociedad Argentina de Escritores con un jurado constituido por Carlos Mastronardi, Juan Ferreyra Basso, Silvina Ocampo, Alfredo Weis y Alberto Girri. Su canto está identificado con la soledad. Comulga y expresa su estado interior por medio de su experiencia personal. Es evidente asimismo que Veiravé no ignora a los grandes maestros, y en su obra fluye plenamente el clima que respira Carlos Mastronardi en su tiempo de alfalfas y sembradíos en la provincia de Entre Ríos. Esto debe ser considerado como una expresión de aliento para el poeta que ha tenido en sí mismo la aventura del reposo y la oportunidad de contemplar el cielo a través de una ventana abierta hacia los rumbos de la tierra. Andariego como su canto, Veiravé se ha incorporado a la tierra chaqueña en Resistencia junto a los *serios juglares* del Fogón de los Arrieros, esa institución solemne del Peón con sus vinos y poetas del universo que ellos proclaman.

Flor Shapira Fridman, autora de *Memorias de la Vispera*,

ensaya una eclosión del Hombre, y lo presenta como un advenimiento que ella descubre en su despertar a la vida. El hallazgo conmueve su canto, y a igual que el asombro de Whitman ante la naturaleza amada, aparece manifiesto ese deslumbramiento que procura proclamar por medio de una extensa y bien concebida ordenación poética. En su poema *Alucinaciones de la joven virgen*, alcanza climas bíblicos y simultáneamente realiza el verso libre en un apretado y conciso planteo de orden superior que eleva su poesía a un plano universal.

Julio Carlos Días Unsandivaras, autor de *El Canto Nacional*, publicado en San Rafael, Mendoza; Juan Carlos La Madrid con *Hombre Sumado*; Osvaldo Rossler con *Reservando mis lágrimas para lo cálido de mis cenizas* y *El Mar*; Amelia Biagioni con *La Llave*, y Voscos Lescano, han testimoniado ya con sus expresiones líricas el continuo y renovado espíritu de la poesía argentina. Sería prematuro y quizás artificioso preocuparse ahora de las nuevas promociones. Muchos cumplirán su destino, sin duda; pero, muchos también, abandonarán el difícil apostolado que impone renunciamentos y sacrificios. Cuando el largo camino ha sido recorrido aparecen los días luminosos del recuerdo y las brumas que contribuyeron a la creación del pequeño y único universo interior. Si preguntáramos a nuestros grandes maestros creadores sobre la cosecha y las satisfacciones del destino cumplido, quizás en íntima confianza volverán a recordar la anécdota de Rubén Darío frente a Verlaine cuando aquél inquirió sobre el significado de la gloria. Verlaine escupió sobre el piso y dijo: ¡Eso es la gloria!

Sabemos del camino muchas historias y hemos vivido muchos veranos junto a las sombras de los árboles ya envejecidos. Conocemos el campo, los sembrados de trigo, lino, cebada y avena, y ya transferidos a la ciudad, —hijos del engranaje mecánico— hemos hallado la máxima dimensión de la modernidad y sus progresos con nuevos atavíos.

Perdura sin embargo como un talismán el enunciado de Giovanni Pascoli al referirse al poeta "ese niño eterno que ve todo maravillado como en la vez primera", el artista que se

estremece en su dulce humanidad y proclama su canto en la inocencia angélica y la pureza originaria.

Retornan entonces Homero, Virgilio, Dante, Shelley, Keats, Novalis, Leopardi, Poe, Whitman, Bécquer, Baudelaire, Valery, y golpean frente al asombro de los argentinos que tienden sus alas de bienvenida al universo del hombre, sin fronteras, sin limitaciones, sin falsos postulados estrechos que quiebran y disminuyen los espíritus. Creecen entonces los significados de las hondas proclamas de los derechos humanos, y se levanta el clamor vigoroso de los poetas que enarbolan la bandera de la libertad por las sendas de la patria.

Podrán entonces los poetas y escritores argentinos responder en la paz de los campos con la frase de Goethe: "Aquí estoy subiendo y bajando cerros y buscando lo divino en hierbas y piedras".

ALFREDO CASEY

calle 6 n.º 778, La Plata



